

La justicia es un sueño en esta tierra.

Nazareno:

Los hombres llenos de odio tienen en la mano la espada; amándoles se les puede apaciguar; mujer, que dices del amor, habla?

Sibila:

Teme el beso.

TERCERA PARTE

I

LA VIGA

El bandido Barrábas esta preso; sus últimos momentos se aproximan, porque es preciso que el asesino muera; al menos así lo dice el pueblo.

En las afueras de la ciudad hay un campo que ofrece á la vista restos putrefactos de animales muertos, en los cuales el chacal, semejante al gusano en el maduro fruto, hace desaparecer su cuerpo; es una colina teniendo en abundancia huesos; desparramados aquí y allá sobre los cuales revolotean zumbando millares de moscas y otros insectas; antes de llegar, y á lo lejos, se oye, vi-

niendo de una pocilga en ese campo, con ruido sordo de sierra y de martillo; un hombre trabaja en ella y encuadra maderos, es Psyphax, carpintero de cruces para suplicios.

En el exterior de la pocilga, vaga libre una zebra; más adelante, en un estercolero, algunas gallinas y gallos picotean y escarban en alegre cacareo,

Psyphax es güebro; adora al sol y construye patíbulos.

El barrio Zem, habitado por los mercaderes de viejo, traperos y vendedores de los hilachos de la ciudad limita al sur esta colina, áspera, desierta y vil

Cuerdas con las que se tropieza al andar, en donde las lavanderas hacen secar su ropa al viento, penden de morillos plantados en los escombros.

Niños desnudos que salen de estas mansiones sombrías, en donde el hambre habita y la fiebre surge á recoger leña vieja que van á vender á la entrada del templo; el augur, que hace muecas y contempla; algún centurión por la orgía retardado: jugadores agitando los dados y gesticulando, son los únicos que pasan por este lugar triste y esta landa árida.

Mas allá terrenos que el ardiente sol arru-

ga y cubre en zacate quemado, leproso y corto.

Se ven los techos confusos de la casas del barrio, en cuyas puertas las mujeres de pié, al llegar la tarde, maldicientes, charlan.

Los mendigos repugnantes, parecidos á los ciento-pies, vagan por los alrededores, tendiendo y presentando sus enflaquecidas y pálidas manos.

En vez del enjambre dorado, discurriendo por los jardines, ronda y vuela el horrible pájaro de presa sobre los esqueletos descarnados.

Cerca de las casas, harapientos, los gotosos, los enanos de piernas torcidas, los cojos, los lisiados, hormigúean en todos sentidos y la diformidad vergonzosa de los habitantes de este barrio enfermizo junto con sus pocilgas, importunan á lo lejos al águila de párpados enrojecidos y á los poderosos buitres africanos á cuyo pico respira el llameante soplo del desierto de Balbek.

En el fondo del horizonte se mira el Gólgota feroz; monte sin árbol ni yerva, ni flores; cima calva y propia para el crecimiento horrible de los cadalsos.

Los que buscan el sentido de los antiguos alfabetos y que hacen del *Talmud* su lectura

severa. tiemblan delante de este monte, sabiendo su aventura.

El vasto Adan está allí; bajo la tierra dormido; de modo que el calvario es el negro ronquido de este gran cuerpo yaciendo bajo la triste campiña, la montaña conservando el aspecto de cadáver.

La choza de Psychax, de techo bajo, y señalada por un poste, forma una ámpula en el centro aislada de la planicie.

El pueblo teme el dintel misterioso de los güebros; estos dementes de luz tienen la pupila llena de tinieblas; se les encarga de los empleos más inmundos y los hacen; mezclan su quimera á la bóveda celestial; contemplan la noche de astros enormes sembrada y le llaman *Saba* que quiere decir ejército; adoran un punto del cielo llamado *Kebla*; á toda hora de la sombra y de la aurora están allí, los hombres ofreciéndose desnudos y las mujeres sin velos, al dios sol, esposo de las diosas estrellas.

Maldicen la haba y el ajo; temen la sal y el ámbar y hacen levadura con la miel; van hasta el Egipto con los pies descalzos, afrontando los núbidas tan solo por sacrificar gallos á las Pirámides, estas tres tumbas de Seth, Enos y de Sabí; el árabe, palideciendo,

les cierra su cabaña; hacen un piltro con yervas que machucan extrayendo así su jugo,

Respetan al buey y al cordero; se afeitan y no se atreven á nombrar al astro á quien sus elegidos hacen de la aurora á la noche sesenta y tres genuflexiones.

Tienen por ciudad á Harán en Mesopotamia; su tabernáculo, lugar de abominación y de infamia, en vez de mirar al occidente mira al oriente; dirigen extravagantes preguntas al viento; cuentan las olas y entre sus profetas ponen á Loth, rey de los filisteos, y á Numa, rey de Roma.

En el mes del carnero baila en círculo su tribu.

Veneran á Peor, el fauno obscuro.

Tienen siete templos; dedicados por Cam á los siete planetas.

Son prestidigitadores y odormecedores.

Cuando siembran, hacen dos partes de su surco; uno es para el dios, el otro para las diosas.

Sus mujeres tienen á veces en las trenzas, serpientes.

Reprochan al carro la queja del eje y contemplan pensativos las rayas que Dios ha hecho en la piel del tigre y de la zebra, y porque tienen esta señal fúnebre y esta som-

bra de las palabras desconocidas sobre el lomo, concluyen que uno lleva el odio y el otro los fardos.

Casi al igual del templo reverencian el establo.

Su sueño es extraño, agitado, temible:

El sabio es implacable, duro con ellos, tal vez por bondad, porque su religión da á los humanos una deformidad miserable y terrible.

Tienen un libro escrito por Satanás, cosa horrible; otro por Adán y otro por Enos.

Saben leer y son pensadores infernales y bajo el cielo sombrío por do las nubes se deslizan, aparecen como hombres azorados y adustos á quienes deslumbran los inmensos ponientes del sol en los montes y comen sangre como los demonios.

Cerca de un campo escueto, en donde crece más ortiga que cebada, en su cobacha vacilante que ilumina purpureamente un fuego de fragua, Syphax, el güebro, está solo; sin blusa ni gorra; los brazos desnudos y con una sierra entre sus manos trabaja.

Se está al fin del mes de Far, segundo del año.

En esa vasta colina, obscura, abandonada, dos hombres al obscurecer, marchando por

los fosos. se encuentran viniendo de dos puntos opuestos.

Se saludan y hablan muy bajo, como si tuvieran vergüenza.

—He aquí el Dinero.

—Cuanto?

—Treinta

—Contemos

Se cuenta en la sombra ahogando, como en fragante delito, el ruido de un talego que se vacía y se vuelve á llenar,

—Trato hecho

—Vendrá por la Pascua?

—Puede ser

—Mas en medio de los suyos ¿cómo reconocerlo?

—Aquel que me vean besar, será él.

Está dicho.

Y sonriendo, pero no sin algo de tedio, el hombre que tomara el dinero, hace un saludo servil, pone el saco bajo su túnica y vuelve á la ciudad.

El otro espera hasta que haya desaparecido el del talego, y después, sin hacer el menor ruido y observando si de lejos nadie le persigue, se apresura con pasos sordos en la colina fúnebre.

Se diría que va hacia el cuartucho del güebro.

Syphax trabaja; toma un libro que yace sobre útiles de erramienta, lo abre y fija en ello sus ojos que parecen como suscar su resplandor venerable.

Después torna á su barrena y su escuadra y continúa trabajando sobre un bloc negro é informe.

Lee en seguida, con dificultad. por ser ya casi noche; de modo que este hombre, al mismo tiempo que trabaja sigue la lectura de su ley en el texto.

De repente, por la claraboya del techo en derrumbe, se distingue la primera estrella de la noche.

Syphax levanta la vista, la apercibe, se incorpora y palideciendo dice en voz alta: oh! diosa!

El hombre que marchaba, llega; muestra un sello, escupe sobre el libro abierto y dice.

Marrano! yo soy del templo.

Y deja apercibir bajo su túnica, al abrirla, en la sombra, la de un sacerdote.

El pagano enmudece con ese pliegue de la frente que imprime la costura horrible de la afrenta, porque ha reconocido á Rosmophin, uno de los sabios que explican al pue-

blo los pasajes del *Talmud*, juez y doctor, es el primero después de Caifás.

Syphax tiembla; el rayo de luz se digna visitar al estercolero.

Por qué?

Este Rosmophin es aquel que, según la ley santa y el texto vulgar condenó á Barrabás, diciendo:

Dos veces desgracia; muerte! porque es asesino; vergüenza! porque es ladrón.

Rosmophin dice:

—En el nombre del Sanhedrin! El esclavo se inclina; Rosmophin continúa con una voz grave en tanto que su mirada caía sobre el güebro.

Tienes algún tronco de árbol para hacer un suplicio de gran tamaño?

En una especie de antro en el fondo de la habitación se hallaban amontonados negros postes de tamaños diversos.

El pagano removi6 estos horribles bloques dormidos, como un sepulturero remueve un mont6n de osamentas, y al hacerlo huian por todos lados alimañas sin nombres.

Las vigas cambiadas y levantadas sobre el suelo producian un ruido sonoro.

De pronto el hombre á quien la fogata del hornillo ayudaba con su claridad, empujan-

do un negro madero, no sin trabajo apartado, mostró al sacerdote un b'oc deforme teniendo el peso de la encina, con los nudos del olmo.

Pesado, grande y como sellado con cinco dedos monstruosos.

Se veía en la extremidad más gruesa—inchazón tortuosa—yo no se qué mancha espantosa y sombría.

Se hubiera dicho que era sangre agrandándose en la sombra.

Rosmophin miró la viga murmurando entre dientes.

Qué, sería ese el bastón de marcha de algún gigante?

Señor, contestó el idólatra, con efecto es así.

El sacerdote arrojó entonces tres granos de incienso en el hornillo para purificar el aire en el cual había hablado este hombre.

Syphax continuo:

En un campo que agosta el trigo, que no tiene una rama verde en donde el ave dormir pudiera; albañal que conserva aún el lodo del diluvio, allí fué, en donde tropecé con este tronco repugnante.

Los hombres de autañ no podían ser dos sin combatir, y uno al otro se tomaban por blanco.

Las huellas de un asesinato están sobre este árbol horrible.

Los gigantes de la raza Enacin, quienes los primeros habitaron la tierra antigua, trajeron la muerte.

Su sombra inmensa cubre aun las razas nuevas.

Aplastaban con el pié á los elefantes de los rios delante de los cuales la monstruosa selva se callaba.

Su bastón de viaje ó de defensa era una encina que arrancaban de cuajo,

Nosotros podemos construir toda una torre de piedra con cualquiera de los guijarros que tenían en su puño.

Si dijo el doctor, Dios, que jamás se extravía, esperando el número, exageró la forma

El mundo ha empezado por la familia enorme.

Del grupo gigantesco ha nacido el genero humano.

El bloc de ayer, será mañana un montón de piedras.

Un gigante ocupa primero el lugar de una multitud; después, como la nube en gotas se deshace, de generación en generación se achica, pulula y llega á ser nación.

Dios hizo al coloso antes de hacer al hormiguero.

Rosmofin dijo:

Este tronco tiene restos de yedra.

No, replicó el esclavo, es la presión del puño del gigante.

Perro vill! prosiguió el doctor pensativo, elijo este tronco; en tu sombra mortal haz pronto una cruz grande y alta pero de modo que un hombre pueda llevarla á cuestas, ¿lo oyes?

Y dejando tras sí á Psyphax prosternarse, se marchó el sacerdote con la mirada llena de un reflejo amargo.

El gitebro, sacando entonces del montón la viga infame, la midió con el hacha en la mano, diciendo en voz baja.

Parece que se quiere honrar demasiado á Barrabás.

II

EL CANTICO DE BETFAGUE

CORO DE MUJERES

La sombra de los bosques de Aser está llena de perfume.

¿Quién es aquél que viene por el camino fresco y verde?

Es el muy amado que espera á la bien amada.

Es jóven, es dulce; sube al desierto como el humo que se eleva del incensario.

Es el bien amado que espera á su bien amada.

UNA MUCHACHA

Yo amo; oh! vientos, despedid al invierno.

El pájaro parece en los bosques de Aser una alma entre el ramaje.

La amada corre hacia el amante; yo le canto y él me canta; oh! cómo se duerme blandamente bajo una rama que se inclina.

Yo me despierto cantándole; él se despierta cantándome; la aurora cree que oye dos murmu los de abeja.

Uno hacia el otro vamos; él me dice;

Oh! hermosa de las hermosas, la rosa se halla bajo tus plantas; el astro se estremece en tus alas.

Yo digo:

La tierra tiene cien reyes; los jóvenes son innumerables; pero, él, es el único á quién yo amo.

Oh! bosques, él es llama y yo soy sombra; él repite, ven conmigo para perdernos en el fondo de los valles, en el deslumbrante terror de las noches llenas de estrellas; y yo agregó, moriría con un beso de su boca; ya lo sabeis ¡oh selvas! ¡oh gran murmullo salvaje!

El agua corre; el cielo está claro; nuestras canciones en el aire se cruzan como las flechas de dos ejércitos.

CORO DE MUJERES

El pájaro parece en los bosques de Aser una alma en los follajes.

UN JOVEN

Duerme con su cabeza apoyada en su brazo.

No la despertéis antes que lo quiera, por las flores, por el ciervo que tiembla bajo las hojas, por los astros del cielo, no la despertéis.

Se duda que sea mujer y se le dice:

Cómo, tu comes? tu bebes? es sin duda algún santo licor.

Todos los perfumes tienen el aspecto de salir de su corazón; tiene los pies juntos co-

mo los pies de los angeles; se diría que hace un vaso de su cuerpo para esos bálsamos del cielo que ningún miasma altera.

Se ocupa también de las cosas de la tierra, porque la hoja del lirio está inclinada hacia afuera,

El bosque de los ruiseñores, como también el de los mirlos, la admiran; sus pasos son para ellos favores.

Su belleza, que fascina y resplandece, haría soñadores á los reyes de la India con sus cofres llenos de perlas.

Cuando pasa cantando y danzando, el viejo que, ceñudo reprendía, sonríe; los más difíciles la admiten en su prado cerrado por palizadas.

La forma de su sombra es agradable á los campos.

Lloro algunas veces, porque temo por ella, tan débil así es y delicada.

El otro día un pájaro, no más grande que mi dedo, se paró estremeciéndose en el borde de mi techo; yo le dije: sé bendito, ruega por ella!

Si me caso, amigos, ya no quiero partir de aquí, y no me iré de tu lado; de tí á quien amo, aunque Salomón me mande hacia Hiram, rey de Tiro.

Ella durmiendo, su corazón me adoraba, dulce gloria! un ángel que venía de los cielos pasando por allí, vió su amor; tomó su parte, y voló porque en donde la virgen bebe, la paloma puede beber.

Sonaba mi amada, como Aznah soñó con Esdras.

Oh, mi belleza! ebrio fui el día que me amaste, como la cierva en el bosque de los aromas.

Su seno puro levantaba la blancura del lino de su corpiño.

CORO DE MUJERES

No la despertéis, hasta que lo quiera, por las flores, por el cervato que tiembla bajo las hojas, por los astros del cielo, no la despertéis!

LA JOVEN

Por la abertura de mi puerta, mi bien amado pasó su mano; yo me desperté; de modo que mañana nos casamos.

De la montaña de la mirra á la montaña del incienso, es él á quien mis sentidos desean y él á quien mi alma admira; yo no se cómo decirle que mis ropas he desceñido, decídselo oh! cielos.

El suspira y yo me abraso.

CORO DE MUJERES

Es él á quien su alma admira; es él á quien sus sentidos desean de la montaña del incienso á la montaña de la mirra.

EL JOVEN

Ella me inflama y yo la abraso y la llamo con el corazón lleno de éxtasis; oh! nubes, ella es la que más amo.

Cuán bella es, con su graciosa sonrisa de desposada; un cielo misterioso en su mirada; sus pies desnudos en el rocío.

La perfumaré con el nardo; y oh! sueño, pondrá una mano en mi frente y la otra en mi corazón.

De noche mis ojos ardientes dan miedo al lobo salvaje y soy como aquel que encuentra una esmeralda,

Mi orgullo se desvanece bajo su mirada como la nieve se funde bajo el calor del sol. No hay collares en su cuello; el amor aparece en su inocencia, en sus palabras.

Los serafines le hacen señas familiares; esta virgen oh David, rey lleno de gloria, se parece á vuestra torre de marfil en donde penden mil escudos.

Mujeres ¿creis que ella salga? Está en su

casa y da vueltas al huso y la llamo y.....
qué importa, puesto que soy amado!

Saltando voy cual cabritillo en los montes Nabuzesso cual si me cerniera en el viento que me reclama y como si yo tuviera una alma hecha con plumas de pájaro.

Venid á ver algo de soberbio; venid á ver al amante erguido como una palmera, bello como el aloé en flor por el mes de *elul*; venid á ver al amante quien vencerá á los colosos; venid a ver al gran rey Saul con su corona nupcial.

CORO DE MUJERES

Venid á ver al gran rey Saul, con su corona nupcial.

LA JOVEN

El amor trae felicidad; cantad, el aire está tranquilo.

Le vi un día; la florida yerva me daba hasta las rodillas; yo reía y nos amábamos.

Dejad fabricar su nido á las cigüeñas; dejad al amor que viene de los azulosos cielos entrar en la alcoba de las almas.

Qué son dos amantes? Dos recién nacidos.

Mi bien amado, ven de los montes, de

los bosques, ven! aprovecha las puertas mal cerradas.

Quisiera saber cómo me arreglaría para no adorar su risa fresca y joven; ven, mi casa está oculta; el techo es de cedro y la alcoba de ciprés.

Oh! el día en que nos hablamos, era bello; los nidos cantaban y me parecía que eran hijos de cisnes que lavados se creería con leche y vi en el cielo l'amas.

Ausente, presente, de cerca, de lejos, te pertenezco, ven de la sombra en donde están los leones; ven de la luz en donde están las águilas.

Lo busqué y no lo hallé, y he corrido toda la noche por la calle y la luna estaba fría y pálida y la ciudad negra y el viento cortante y dije al soldado siniestro que estaba en lo alto del muro: habeis visto al que yo amo?

Cuando arrojas á la playa la perla en tu reflujo. oh mar! cuando la primavera diga: no quiero ni ambar ni cinamomo; cuando se vea al mes *nisan* despedir á las rosas y jazmines y á los almendros, yo lo despediré de mi alma.

Si supiera hasta qué punto le amo, pali deceria.

Ven, el lirio se abre como un precioso cofre; los corderos están en los prados; el viento pasa y me dice: tu aliento está embalsamado.

Mi bien amado! mi bien amado, toda la montaña está en flor.

¿Cuándo vendrá mi amor, mi orgullo; el que me pone alegre ó sombría.

Es mi duelo; es mi gozo y yo le adoro,

Es bello; á veces sobre su frente se ve á la estrella de la mañana y otras la estrella de la tarde; porque es la noche y es la aurora.

¿Por qué haces languidecer á la que amas tanto? Ven, por qué perder ni una hora?

Ay! mi corazón espera y estoy triste como las tumbas.

Dime, existe algún intervalo entre los relámpagos de dos nubes negras que ruedan en los aires y los besos de dos palomas?

CORO DE MUJERES

Ven, por qué perder ni una hora? Te llaman, te esperan; por qué hacer languidecer á la que amas tanto?

III

EL TRIUNFO

Es así como cantaban, delante del brillante cielo, el joven alternando con la joven en un grupo de niños del barrio de Bethphagé.

Más allá, de un valle en bruma sumergido, distinguianse torres, una pared blanca, una puerta era Jerusalem.

El incienso que trae la aurora, los aromas puros, las flores despertándose en los bosques y los rayos de luz se unían á la embriaguez de las voces.

Esto pasaba á la orilla del camino de la ciudad.

Fuera de la aldea y rumbo á los campos, éranse encontrados; la yerva estaba verde; la aurora deslumbraba en las campiñas y los hombres habían dicho: tregua al trabajo! y las mujeres posaron sus cántaros en el suelo y serenas se pusieron á cantar en tanto que los pájaros gorgeaban con acentos de paraíso.

Una abuela reía en el dintel de una casucha.

Tres labradores, sudando llevaban el compás, golpeando el suelo con el mango de sus hoces.

Las vírgenes de frente pura como el lirio, pensativas, con miradas abnegadas, la boca palpitante, miraban al horizonte con una vaga espera.

De pronto, en el momento en que las mujeres en coro lanzaban al bosque el himno inflamado de su corazón, que acompañaba el sonido ingrato de las hoces, alguien dijo: Silencio! Escuchad!

Y las muchachas se detuvieron poniendo el dedo sobre sus labios.

Oían tras la colina, quemada por el calor ardiente, otras voces que cantaban, dulces como almas.

"El bien amado aquel que esperais, mujeres, es el que pasa, el que traemos; el triunfo nos ha elegido por compañeros; la luz permite que marchemos cerca de ella; llevamos al Maestro á su pueblo fiel; he aquí al bien amado por las almas, aquel que en la grande y deslumbradora estrela ha lucido.

"Todas las majestades forman su diadema, podría fulminar, prefiere que se le ame.

"Consuela á Raquel; levanta á Sara; marcha por entre la paz y la alegría.

"Será como un ramo de mirra entre dos senos celestes.

"Su cetro, desvanece en el esplendor de su luz á los restos del viejo mundo, en donde se retuerce la serpiente.

"Su nombre divino es como un aceite exquisito que se derrama sobre su cabeza, admiración de los angeles.

"El cielo es un murmullo inmenso de elogios.

"Es más glorioso que Alejandro, y más bello que Salomón, que tiene un lirio en su tumba,

"Su campo es la tierra y su propiedad el espíritu.

"Viene á desvanecer la noche que gravita sobre el alma humana.

"Hará retroceder á la hidra que triunfaba y transformará el mundo totalmente.

"El abismo le observa y la aurora lo aprueba.

"El rugido del tigre, el haullido del lobo, el odio, el furor engendrando la guerra, enmudecerán delante de su dedo levantado.

"En su inmensidad, Moloch se sumerge y naufraga.

"Sin mancha se halla, sin límite, sin número,

"Cuando fija en el cielo su mirada bendita, produce la desaparición del mal en el infinito.

"Los carros de Faraón á su lado no son más que sombra.

"Es más radioso que Nemrod no era sombrío:

"Brilla más que Amou, quien lo tenía todo y cuyo trono era el centro de un banquete.

"Sobrepasa á Ciro, en pié, sobre su pilastra,

"Pueblo! su alma toda es una claridad de astro.

"Es un rey y más que un rey, es el conquistador, el puro, el grande.

"El sol lo ve, la sombra lo escucha."

Volviendo la cara entonces, todos apercieron, doblando la calle, á un hombre que cabalgaba sobre un asno.

Este sér, cuyo nombre nadie ignoraba ya, era el mismo á quien Sadosch, la semana anterior había lanzado desde lo alto del templo un grito de odio.

Tenia el cabello partido en dos sobre la frente.

Cantando y riendo en torno suyo, le seguían mujeres adornadas con flores y acom-

pañadas de pequeños niños, ostentando ramas verdes y por doquiera, de las campiñas, de los pueblecillos y de Jerusalem, salía la multitud, confusamente alegre y feliz.

Algunas madres le mostraban sus hijos aun lactando y los viejos exclamaban: *¡Hossana!*

Otros soplaban en braseros en donde ardian perfumes.

El, avanzaba con la tranquilidad del misterio,

Esa turba inceusaba á este hombre y sobre el suelo extendian sus capas para que pasase por encima de ellas.

Unos pedazos de púrpura, cosidos de prisa, figuraban un estandarte al frente del cortejo.

Todos decían:

"Que Dios padre lo proteja!"

"He ahí al que llega para colmarnos de bienes haciéndonos mejores."

El, pensativo, miró á Jerusalem; las flores, el sol en lo más alto de los cielos como una fiesta; esas alfombras bajo sus plantas, esas ramas sobre su cabeza y á las mujeres cantando y el pueblo en tropel acudieudo y sonrió.

Después dijo:

Pronto voy á morir!

IV

EL DEBER

María estaba sentada entre Tomás y Judas; y el maestro, de pié, decía.

“La soledad es un rayo de lo alto que pone uno en su espíritu, más el Salvador va recto al pueblo y se hiere.

“A las multitudes viles, Dios entrega al Mesías.”

“El palmero no crece en los desiertos sino en las ciudades.

“Acompañe la desgracia al que se oculte y también al que huya.

“Dejemos madurar la muerte como un fruto y no la turbemos en su lento crecimiento.

“Dios, cuando juzga á un hombre, con toda su altitud ve que ha vivido menos de lo que ha hecho.

“David se calentaba al sol de la muerte.

“Sería querer mal á un hermano si se le dice:

“Retrocede cuando hacia Dios el sepulcro te atrae; y sería odiar y perder á un hijo si se le quita del camino funesto y triunfaten.

“El caliz es amargo, pero el ejemplo es útil he ahí por qué yo he venido á esta ciudad.”

Así hablaba el hijo, y la madre escuchaba.

V

Dos maneras diferentes de querer

Era la hora en que la paloma entra en su nido y enmudece.

Una mujer marcha apresuradamente por una calle estrecha; mirando á uno y otro lado avanza, y si no hubiera habido tanta sombra en el firmamento; distinguiéndose habrían en sus dedos, vagamente, el círculo delicado de los anillos desaparecidos.

Su pié blanco no estaba hecho para los empedrados de las calles.

Llevaba un largo velo de pliegues egipcios, lleno de rayos luminosos nuevos y de perfumes antiguos.

Jóven y rubia, muy bella parecía.

En sus ojos brillaban las lágrimas, semejantes á flamas.

Es Magdalena, la hermana de Lázaro.
Se apresura
El vuelo de un pájaro es lento compara-
do al paso que la lleva.

A donde vá?

Es de noche; nadie transita en esos mo-
mentos por ese sitio.

Una luz brilla en una casa baja; en el din-
tel está en pié grave y pensativa una mujer;
su cabello empieza á encanecer.

Severa sin orgullo, dulce como un niño y
grande como un sabio, llora y medita.

Se vé sobre su rostro la áspera aceptación
del sacrificio.

Diríase que era la estatua del deber, en
llanto.

El corazón tembloroso se apoya sobre el
alma más fuerte.

Es la madre.

Tiene el aspecto de cuidar la puerta.

Magdalena la aborda y casi á gritos la ha-
bla, aterrorizada y torciendo sus brazos las-
timados.

“Madre! ábreme; vengo á decirtelo, se tra-
ta de su vida.

“Heme aquí; he corrido temiendo ser vis-
ta y seguida.

“Se ahonda la sombra en torno de tu hijo;

te digo que siento hormiguear á las ser-
pientes atrevidas.

“Yo he conocido á los demonios cuando
era bella.

“Yo se lo que el infierno pone en una pú-
pila.

“Acabo de ver pasar á Judas, esto basta.

“Es un calculista de fraudes y provechos;
es un monstruo.

“Abreme, quiero entrar en casa del Maes-
tro; el tiempo pasa; mañana ya será tarde;
es preciso que esta misma noche huya y que
jamás vuelva; oh! madre, si tu lo permites,
yo misma, me lo llevaré, estos sacerdotes son
infames; faltar á su misión; no salvar las
almas qué nos importa á nosotras, mujeres
que tanto le amamos! estará mejor con los
tigres en los montes que con los sacerdotes
en Jerusalem; madre, que renuncie al resca-
te de los hombres, su quimera; que huya! no
es verdad, besamos sus pies y que viva es
cuanto deseamos; estos judíos lo degollarán,
pregúntalo á mi hermana Marta y te dirá
como es cierto y que necesita partir en el
acto; déjame arrancar'lo á su horrible deber,
te puedes figurar eso madre? Verlo apresa-
do, maniatado, muerto, matado tal vez á pe-
dradas ver sangrando su cuerpo he-

cho de luz oh! ábreme, yo se que se halla aquí, veo su lámpara á través de los tabiques, oh! madre, déjame implorarle para que en el acto se vaya y escape, y huya... en qué piensas; que, no me respondes nada? si tu quieres, nosotras dos lo salvaremos, créelo bien; quieres reunirte conmigo para arrancar á nuestro ángel del abismo monstruoso de un deber extraño? de sus verdugos, de Judas, ese asqueroso compañero?..."

La madre sollozando le hizo senas de que no.

VI

DESPUES DE LA PASCUA

La Pascua había llegado; el templo se iluminaba para esa fiesta.

Los pequeños niños se despertaban llenos de alegría y en los hornos se había cocido el pan sin levadura para venderlo en las esquinas de las calles.

En esos días Jesucristo estaba en la montaña oscura en el mismo sitio en que más tarde hubo un templo dedicado á Mercurio, construido por Adriano y destruido por Constantino.

Era al caer de la tarde.

Esa mañana Jesús había dicho á sus discípulos en torno de él:

“Ya sabeis, Santiago y vos Pedro y vos también Tomás, que estamos en la Pascua; ireis á la ciudad por do pasarán muchas gentes; allí encontrareis á un hombre con su cántaro sobre la cabeza; al lugar do vaya este hombre, sea el que fuere, ireis tras él y uno de vosotros le dirá:

“El Maestro vendrá aquí á celebrar la Pascua” y esto bastará para que este hombre, sea quien fuere, ceda su casa.

“Es bueno siempre que Dios nos lleve por do le plazca

“Allí celebraremos juntos la Pascua.”

Y se hizo tal como lo expresara

Lo que esa cena vió y lo que oyó está escrito en el libro—en donde no cambia jamás ni una palabra—por los cuatro hombres puros á quienes acompañan respectivamente el ángel, el leon, el buey, el águila y el cielo azul.

Esta historia parece agregada por ellos á Dios cual si la escribieran al margen del abismo.

Su libro se parece al resplandor de una cima.

Cada página tiembla bajo el estremecimiento sagrado y por eso ha dicho la tierra: "yo lo leeré!"

Los pueblos que no tienen ese libro lo mendigan.

Veinte siglos inclinados en la sombra, lo estudian.....

Era el momento en que este ser divino acababa de compartir el pan sin levadura.

Cristo sentado en el centro—correspondiendo su lugar al decimotercero y esta cifra ha quedado para siempre terrible—había partido el pan, escanciado el vino y dicho:

"Comed, esta es mi carne; bebed, esta es mi sangre!"

Después continuó diciendo:

"Sigamos á Dios que es quien nos conduce,

Y en seguida fueron todos al jardín que florece, detrás del Cedrón, torrente que nunca tocara el remo y que corre fuera de la ciudad al pié de una colina. Allí los pastores se mostraban el antro sibilino de Lilith, mujer espectro, amante del demonio.

Cerca de esta pendiente fué en donde Simón mandó construir el canal para lavar las hostias.

Había manantiales que vertían el agua

á través de las hortigas que iba á llenar los viveros de la ciudad; este lugar se llamaba monte de los olivos.

Este monte era frecuentado en la época de los ayunos.

Un plantío de olivares entonces tierucs le cubría, dando sombra á los senderos y haciendo durar los rosales silvestres,

Cristo llegó allí murmurando en voz baja: "Que Dios me asista!"

Lo que pasó esa tarde fué tan triste, tan lúgubre y tan fatal que hoy ese jardín es tan vecino del infierno como el cielo lo es del edén.

He aquí lo que Jesús decía en la montaña.

"Lo que se pierde en la tierra en el cielo se recobra.

"Quien ve á atras y se admira de poco, no es digno del reino de Dios.

"Dios se descubre suficiente para que el hombre lo vea.

"Yo soy menos grande que él, pero es él quien me envía; cuando yo hablo él es quien dice lo que yo digo

"Si os amais bien, ese es el paraíso,

"Sed buenos.

"Dios elige á quienes yo le designo.

“El es quien cultiva la vid; la vid, soy yo.
 “Vendrá como lo hizo con Jacob y con Amos, con la podadera en la mano á podar mis ramas y cuidando las fecundas cortará las estériles

“Instruid al pueblo con ternura cuando vayais por las ciudades.

“Sonreid, no tengais disputas.

“Cuando esteis entre las tumbas hablad bajo, porque en el fondo del sepulcro hay siempre una oreja abierta.

“Aquellos que se creen dormidos bajo las yervas, escuchan, y vuestras voces les hablan en los vientos y sabed que esa es la mansión de los vivos.

“Quien maldice debe temblar

“No hagais nada demasiado pronto.

“Esdras viendo al hijo de una mujer maldita lo asió y lo arrojó al mar por efecto sorprendente de un celo muy amargo, Dios lo ha castigado.

“Marchad por el camino trazado.

“Amad, no envidies á los otros su pensamiento, es necesario contentarse con la inteligencia que se tiene.

“Uno es más sabio, otro más bondadoso; Dios puso más fruto á la higuera y más sombra al sicomoro.

“Creed!”

“Después agregó aun otras palabras y de repente dijo, palideciendo y recorrido por escalofríos. “Vamos, el que debe venderme está cerca de aquí!”

VII

PRINCIPIO DE LA ANGSTIA

Entonces se alejó á cierta distancia, lo que alcanza la piedra de una honda, se puso de rodillas y oró.

Mucho tiempo permaneció solo y como lleno de espanto.

Decía.

“Señor! apartad este caliz de mi...” lo demás en el cielo tenebroso se perdió.

Los discípulos dormían, Cristo volvió á ellos y les dijo:

“Ni una hora habeis podido velar.”

Y después:

“Es así como conviene que yo muera

“Debe ser así y nada en el mundo puede cambiarlo.

“He venido para ser abandonado; está